



Mientras

Elizabeth

las princesas

Blackwell

duermen

Una versión insólita  
del cuento de *La bella durmiente*

Lumen

# Mientras las princesas duermen

Elizabeth Blackwell

Traducción de  
Aurora Echevarría

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

*Para mamá, papá y Raquel,  
mis primeros lectores*

## Prólogo

Ya se ha convertido en leyenda. La hermosa y obstinada joven que conocí se ha ido para siempre, dando paso al mito. La princesa que se pinchó el dedo con el huso de una rueca y durmió durante cien años, de los que despertaría con un beso de amor verdadero.

Oí la historia anoche cuando pasé por delante del cuarto de los niños al ir a acostarme. Mi oído no es lo que era, pero la voz de Raimy llegaba con bastante claridad a través de la puerta. Sin duda daba brincos mientras la contaba, porque oí los reveladores crujidos de las tablas del suelo. Mi bisnieta casi nunca se conforma con contar una historia, tiene que representarla, como si todo su cuerpo formara parte de la narración.

La oí carcajearse al encarnar a la bruja que lanzaba el maleficio y acto seguido soltar un grito ahogado cuando la princesa rozaba el huso fatal. Casi todo eran bobadas, naturalmente, pero me quedé clavada donde estaba pese al dolor sordo que sentía en las rodillas y los tobillos. Los hermanos de Raimy debieron de quedarse igual de hipnotizados porque no se oía ni una mosca cuando ella continuó.

«Pasados los cien años llegó al reino un príncipe más apuesto y valeroso que todos los que lo habían precedido —oí decir a Raimy—, quien anunció que no descansaría hasta ver a la princesa durmiente de la leyenda. Al dirigirse a caballo hacia el muro de espinos, las ramas se abrieron. Lo cruzó y vio alzarse ante sí el castillo, la piedra y el mármol brillaban al sol.

»Al entrar en la gran sala se encontró con un espectáculo prodigioso: todos los miembros de la corte dormían como si estuvieran muertos. Cruzó a todo correr el castillo hasta llegar a la torre más alta. Allí, en una cama colocada en el centro de la alcoba, yacía la Bella Durmiente, con su cabello dorado despararrado sobre la almohada y las mejillas todavía sonrosadas. El príncipe no pudo contenerse. Se inclinó y la besó.

»El encantamiento se rompió. La Bella Durmiente despertó, y en torno a ellos el castillo volvió a cobrar vida. El rey y la reina lloraron de alegría al reunirse con su hija, y la felicidad regresó al reino. El príncipe se casó con la princesa, y vivieron felices para siempre.»

¡Ja! Sería un truco realmente hábil derribar a la hija del rey con un huso y verla revivir con un simple beso. A otros con esta historia. El horror de lo que en realidad sucedió no ha trascendido, y no es de extrañar. No es precisamente la verdad lo que define un cuento infantil.

Al día siguiente le pregunté a Raimy de dónde había sacado esa historia.

—La cantaba un trovador en la feria. —Le centellearon los ojos al recordar, y me la imaginé en la plaza del pueblo, abriéndose paso entre la multitud hasta situarse delante—. ¿Te imaginas a la princesa sola en su torre esperando a su verdadero amor? La sola idea me hace estremecer.

Yo también me estremecí, aunque Raimy jamás habría sospechado la razón. ¿Quién creería que una mujer es capaz de sobrevivir una muerte en vida y salir

ilesa? ¡Cuánto luchamos por curarla los que más la amábamos! Pero hay heridas demasiado profundas para llegar a ellas.

—Más te valdría llenarte la cabeza con versículos de la Biblia en lugar de con esas bobadas —gruñó su padre.

Nunca me ha caído bien. La madre de Raimy, mi nieta Thelyn, me trata con amabilidad y cautela, como quien trata a un animal doméstico decrepito al que no le queda mucho tiempo en este mundo, pero su marido se queja de que como demasiado —¡como si a mi cuerpo marchito hubiera que negársele el alimento!— y me llama vieja arpía cuando cree que no lo oigo.

Raimy lo miró con un mohín.

—Solo es un cuento.

Con casi catorce años ya es una belleza, y se impacienta ante la vida que lleva en esta granja. Al mirarla entonces tuve una inesperada visión de Rose a la misma edad: los labios curvados en una sonrisa pícaro, el centelleo de sus ojos de largas pestañas. Sentí una oleada de adoración hacia Raimy y hacia la princesa que conocí. Aunque a menudo me cuesta recordar el nombre de mis otros bisnietos, Raimy siempre ha sido mi predilecta. Segura de sí misma y llena de curiosidad, parece más rebosante de vida que cuantos viven a su alrededor.

También es lo bastante perspicaz para percatarse de cuándo provoca una reacción inesperada con su parloteo. A lo largo de los siguientes días volvió a menudo sobre su cuento de la princesa durmiente, mirándome con expectación mientras yo intentaba fingir falta de interés. Una noche me enfadé con ella cuando esperé en vano a que apareciera con un gorro que le había pedido. Fui cojeando hasta el dormitorio que Thelyn y su marido me habían cedido, sin duda otra causa de los continuos gruñidos que soltaba el hombre en mi presencia. Cuando entré, vi que el pequeño arcón donde yo guardaba mis objetos personales estaba abierto y mi ropa colgaba de los bordes de cualquier modo. Arrodillada delante de él, Raimy levantó la cabeza con brusquedad, y me sumé a sus jadeos cuando vi lo que tenía en la mano.

Incluso en ese espacio mal iluminado relumbraban las esmeraldas y los rubíes incrustados en la empuñadura de la daga. La despiadada hoja afilada conservaba su brillo plateado, y sentí una oleada de repugnancia al recordar esa misma superficie cubierta de sangre. ¿Era posible que todavía hubiera minúsculas gotas adheridas a esas piedras preciosas, al alcance de la delicada piel de Raimy?

Cualquier otro niño habría dado muestras de vergüenza o remordimiento al ser sorprendido rebuscando entre los enseres personales de un adulto. Pero Raimy no.

«¿Qué es esto?», me preguntó sobrecogida.

Un objeto tan caro y letal estaba fuera de lugar entre las pertenencias de la viuda de un simple comerciante.

Podría haberla acallado contándole una mentira que la ahuyentara. Sin embargo, miré a mi querida bisnieta y me descubrí incapaz de mentir. En los cincuenta años transcurridos desde esos espantosos días en la torre nunca he hablado de lo que sucedió en ella. Pero cada vez más achacosa y con la muerte en el horizonte, me atormentan los recuerdos, que me asaltan cuando menos lo espero y me producen oleadas de nostalgia. Quizá por eso sigo viva en esta Tierra, la única persona que conoció a Rose cuando era joven y aún no la había alcanzado la tragedia. La única que vio sobrevenir todos los acontecimientos, desde el maleficio hasta el beso final.

Con delicadeza tomé de las manos de Raimy la daga y la deslicé de nuevo en la funda de cuero que la había ocultado. Contemplé el batiburrillo de objetos que mi bisnieta había sacado del fondo del arcón: un brazalete de cuero trenzado al que tenía más aprecio que a cualquier ornamento con diamantes incrustados, encajes intrincados rescatados de vestidos que hacía mucho que se habían desintegrado, un verso escrito en elegante caligrafía sobre un agrietado pedazo de pergamino. Un collar de oro de tres vueltas adornado con flores diminutas que Raimy miró muda de codicioso asombro mientras mi corazón lloraba de nuevo por la joven que lo había llevado. Vestigios de una vida, carentes de significado para cualquiera salvo para mí.

Me senté despacio en la cama e hice un gesto a Raimy para que se acercara. El resto de la familia se disponía a acostarse; nadie nos echaría de menos si nos encerrábamos allí unas horas. Así que empecé.

—Voy a contarte una historia...

PRIMERA PARTE  
ÉRASE UNA VEZ

## 1

## Un destino revelado

No soy la clase de persona sobre la que se cuentan historias. Los de origen humilde sufrimos desengaños amorosos y celebramos nuestros triunfos sin que lleguen a conocimiento de los bardos, y no dejamos huella en las fábulas de la época que nos toca vivir. Criada en una sencilla granja con cinco hermanos, yo sabía que la vida que me esperaba era casarme a los dieciocho años y labrar un triste terreno con mi propia prole desnutrida. Era un camino que habría seguido sin rechistar de no haber sido por mi madre.

Debería empezar mi relato hablando de ella, porque todos los acontecimientos que siguieron, los prodigios y los horrores que he presenciado en mis largos años sobre la tierra, se desarrollaron a partir de una semilla que ella plantó en mi alma casi al nacer: una certeza profundamente arraigada e inmovible de que yo había nacido para ser algo más que la esposa de un campesino. Cada vez que mi madre me corregía la gramática o me indicaba que me irguiera, lo hacía con la mira puesta en mi futuro, recordándome que pese a mis andrajos debía comportarme con los modales de mis superiores. Porque ella misma era una prueba viviente de que los grandes cambios de fortuna eran posibles; nacida en el seno de una pobre familia de sirvientes y huérfana a una edad temprana, había logrado colocarse de costurera en el castillo de Saint Elsip, donde residía el rey que gobernaba nuestras tierras.

¡El castillo! Cuántas veces soñé con él, imaginando un edificio de mármol pulido lleno de torreones que en nada se asemejaba a la enorme fortaleza que más tarde conocería tan bien. La fascinación que sentía de niña se extendía a conversaciones imaginarias con elegantes damas y gallardos caballeros, fantasías que mi madre hacía lo posible por contener, porque conocía demasiado bien los peligros que entrañaba que alguien se diera aires por encima de su posición. Mi madre casi nunca hablaba de su juventud, pero yo atesoraba las pocas anécdotas que me había contado como un trapero colecciona harapos, sin saber por qué había renunciado a su puesto privilegiado de sirvienta de la familia real para abrazar una vida de agobiantes tareas domésticas. Las manos que otrora acariciaran hilos de seda y terciopelos vistosos estaban agrietadas y enrojecidas después de tantos años fregando, y la habitual expresión de su rostro era de cansina resignación. Las únicas veces que recordaba haberla visto sonreír fueron durante los momentos de intimidad que robábamos cuando ella no estaba amamantando a algún hijo ni sembrando ni cosechando, esas preciadas horas en las que me enseñó a leer y a escribir. La mayoría de los ejercicios los hacía en el suelo de tierra a un lado de la casa, trazando con un palo las líneas y las curvas de las palabras. Si veía a mi padre acercarse borraba rápidamente los garabatos con los pies y corría a buscar algo en que ocuparme. Para él no había nada peor que un niño gandul, y una hija no tenía por qué aprender las letras.

Mert Dalriss tenía fama de hombre duro en nuestra región, y la descripción resultaba atinada. Sus ojos eran de un frío azul gris de piedra, y sus manos, re-

torcidas y ásperas tras una vida dedicada al trabajo físico; cuando me daba una bofetada era como si recibiera un golpe con una pala. Tenía una voz áspera y ronca, y era muy parco en palabras, como si pronunciarlas le costara un gran esfuerzo físico. Aunque yo no sentía afecto por mi padre tampoco lo odiaba; sencillamente era un componente desagradable de mi existencia, como el barro que se me pegaba a las plantas de los pies todas las primaveras o los rugidos de hambre que me hacían las tripas a falta de comida. Yo no veía en esa dureza más que el habitual resentimiento de un hombre pobre hacia una hija que le costaría una dote.

Hasta que cumplí los diez años no averigüé la verdadera razón por la que mi padre nunca me había querido y jamás me querría.

Fue un sábado por la mañana en que acompañé a mi madre al mercado semanal de nuestro pueblo, varias docenas de casas agrupadas a media hora andando desde nuestra casucha de una sola habitación. Los granjeros y los lugareños se reunían allí para regatear el precio de un mísero surtido de sobras: unas pocas cebollas o nabos, pequeños sacos de sal o azúcar y quizá un cerdo o un cordero. Las monedas casi nunca cambiaban de manos; los alimentos o los huevos solían trocarse por prendas de ropa o barriles de cerveza. Los vendedores más afortunados montaban sus puestos delante de la iglesia, sobre losas de piedra limpias y secas; los demás se limitaban a detener el carro en mitad de la calle embarrada que atravesaba la ciudad. Varios de los granjeros más prósperos clavaban una espita en sus barriles de cerveza y se pasaban allí casi toda la mañana, riéndose y dándose palmadas en la espalda, cada vez más colorados. A mi padre nunca se le veía entre ellos, pues la afición a la bebida era una de las muchas debilidades que despreciaba en el prójimo.

El mercado era lugar de intercambio de chismorreos así como de mercancías, de ahí que las mujeres se quedaran allí más tiempo del que tardaban en reunir sus provisiones. Mi madre nunca se entretenía una vez que había concluido sus transacciones comerciales; parecía haberse tomado a pecho el desdén de mi padre hacia la holgazanería. Yo me movía de carro en carro despacio, intentando prolongar al máximo la visita, pero ella se adelantaba con su brusca eficiencia, saludando con la cabeza a los vecinos aunque no se paraba casi nunca a hablar. Yo solía correr hasta alcanzarla sin que se diera cuenta. Hasta el día que me detuve frente al carro del panadero. El olor de los panecillos recién hechos era demasiado tentador; pensé que podría acallar los rugidos de mis tripas solo inhalando el aroma. Quizá si lo olía el tiempo suficiente lograría engañar mi apetito con la ilusión de que lo había saciado.

Al volverme me di cuenta de que mi madre había desaparecido. Resuelta a no quedarme atrás me abrí camino a través de la gente apiñada delante del puesto del panadero, pisando a un muchacho en el intento. Entre los allí congregados no había ningún desconocido porque todos íbamos a la misma iglesia, pero no me acordaba de cómo se llamaba el joven, solo sabía que su familia trabajaba en una granja bastante más grande que la nuestra situada al otro extremo del pueblo, donde la tierra era más fértil. Tenía el rostro redondo y las mejillas sonrosadas que distinguían a una persona bien alimentada.

—¡Ten cuidado! —me reprendió, y se volvió con gesto de fastidio hacia un amigo que caminaba a su lado.

Absorta en encontrar a mi madre, no le hice caso. Y ahí habría acabado el asunto si el muchacho no hubiera añadido:

—Bastarda.

No creo que fuera su intención que yo lo oyera, pues no gritó la palabra, solo la susurró. Pero se le escapó como un poderoso y peligroso maleficio. Cuando al cabo de unos momentos encontré a mi madre buscándome en lo alto de la escalinata de la iglesia, le pregunté qué significaba.

Ella contuvo la respiración y miró alrededor para asegurarse de que nadie me había oído.

—¡Es una palabra horrible y no quiero que la pronuncies nunca más! —me susurró con apremio.

—Así es como me ha llamado un chico —protesté—. ¿Por qué?

Mi madre se mordió los labios. Se puso la cesta debajo del otro brazo, y asíéndome por la muñeca tiró de mí. Nos alejamos de la iglesia por el camino que conducía de nuevo a la granja y no dijimos una palabra más en mucho rato. Cuando el pueblo desapareció detrás de una colina, ella se volvió hacia mí.

—Esa palabra se utiliza para los hijos que nacen fuera del matrimonio.

—¿Usted no está casada, madre? —pregunté.

Ella suspiró. Todavía recuerdo la expresión de derrota que se reflejó en su rostro, y mi propia aprensión al ver a mi fuerte y resuelta madre casi al borde de las lágrimas.

—Esperaba que nunca te enteraras —dijo en voz baja, desviando la vista hacia los campos. Luego recobró la compostura, y con su habitual tono brusco y serio añadió—: Si mi vida sigue siendo pasto de la murmuración después de tanto tiempo, supongo que es mejor que sepas la verdad. Te tuve antes de conocer al señor Dalriss.

Entonces yo sabía lo suficiente para intuir cómo un hombre y una mujer engendraban un hijo; las chicas de las granjas que veíamos animales en celo en los campos enseguida dejábamos de ser inocentes. La sorpresa se mezcló con la emoción al comprender que mi madre había estado con otro hombre aparte del que yo llamaba padre. ¿Quién? ¿Y por qué él no me había reclamado? Los pensamientos se agolpaban en mi mente, y cada pregunta llevaba a otra mientras intentaba reconstruir lo poco que sabía de la juventud de mi madre a la luz de semejante revelación.

—¿Por eso dejó usted el castillo? —pregunté—. ¿Por mí?

—Sí. —En su voz no había rastro de amargura ni reproche. Solo una cansina aceptación.

Se volvió y continuó andando como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, para mí había cambiado todo. Ahora me doy cuenta de que esa revelación me puso en el fatídico camino del castillo, el rey, la reina y Rose, y los oscuros poderes de Millicent. Podría haber aceptado el deseo de mi madre de dejar a un lado su pasado y seguirla hasta casa en silencio. Podría haber hecho lo que se habría considerado una buena boda con el hijo de un próspero granjero o un tendero del pueblo, y vivir el resto de mi vida a pocas millas del lugar donde había crecido.

En lugar de ello corrí para alcanzar a mi madre, impaciente por profundizar en el fugaz vislumbre que me había ofrecido de su vida anterior a la granja.

—¿No quiso usted criarme allí? —le pregunté.

Mi madre no aminoró el paso, si bien apretó los labios en un gesto de desaprobación. Me preparé para recibir una reprimenda, pero ella me respondió con inesperada franqueza.

—Yo no lo decidí. El castillo era el lugar más maravilloso que había visto jamás. Si de mí hubiera dependido me habría quedado allí. Pero el hombre que

te engendró no podía convertirme en una esposa respetable y acabé deshonrada. Me dejé engañar, como otras mujeres necias, y pagué un precio muy alto.

Yo no lo comprendía del todo; la naturaleza de las relaciones entre hombres y mujeres eran poco claras para una niña de mi edad. Pero todavía oigo la aspereza de sus palabras. Se culpaba a sí misma de lo ocurrido, quizá más incluso que al hombre que la había apartado de su lado. ¡Cuánto me habría gustado retroceder en el tiempo y liberarla de la culpa que tanto la abrumaba! Si yo hubiera sido mayor y más comprensiva ella me lo habría contado todo y hallado cierta paz en la confesión. Pero tal vez era mejor que el secreto de mi linaje permaneciera oculto. ¿Qué habría hecho una niña de mi edad con una información tan peligrosa?

—¿Entonces no nací en el castillo? —le pregunté, todavía una niña, preocupada sobre todo por el lugar que yo había tenido en la historia.

Mi madre hizo un gesto de negación.

—No, naciste en la ciudad. En Saint Elsip.

—¿En casa de su hermana, madre?

Mi tía Agna era la esposa de un comerciante de telas, una figura misteriosa que todas las navidades nos enviaba ovillos de lana, lo que nos permitía hacer ropa nueva cuando la vieja estaba demasiado raída para ponérsela. Pero yo nunca la había conocido. Había prosperado mucho y prefería mantenerse alejada de la pobreza de nuestra familia.

—Agna hizo lo que pudo —dijo mi madre—. Me dio dinero y pañales. Pero no podía tenerme en su casa. Era una mujer casada respetable con hijos propios. Yo no quería que su reputación se resintiera por mi culpa.

—¿Qué hizo usted?

—Encontré una pensión regentada por una mujer que había estado en mi misma situación —respondió mi madre—. Era amable a su manera y me ayudó a abrirme camino. Sin ella no habrías vivido más de unos pocos días. Fue allí donde conocí a tu padre.

—¿Se refiere al señor Dalriss?

—A tu padre —siseó ella—. Lo llamarás padre, señorita. Él nos salvó de morir de hambre, nunca lo olvides. Debes darle las gracias cada vez que le hiques el diente a un mendrugo de pan.

—Sí, madre.

Temí que se hubiera enfadado e hiciéramos todo el camino de regreso en silencio, por lo que sentí un gran alivio cuando prosiguió.

—Tú tenías dos años. Yo le había cosido unos pocos vestidos a mi casera para ganarme el sustento, pero al cabo de un tiempo no había nada más con que pudiera hacer trueque. Nos dejó dormir en la cocina a cambio de que la ayudara a cocinar. El señor Dalriss fue a la ciudad para comprarse un caballo y oyó decir que mi casera llevaba una pensión limpia. Cuando me vio servir la cena preguntó por mí. Supongo que pensó que podía volver con una esposa. La primera vez que habló conmigo me preguntó si quería casarme con él. Le contesté que sí inmediatamente, con agradecimiento. No muchos hombres tomarían a una muchacha sin dinero y con una hija ilegítima. Y tenía una granja y tierra propia. Me había preparado para aceptar propuestas menos prometedoras.

Quizá el señor Dalriss había sido más amable entonces, antes de que lo marcara la decepción. Pero me costaba creer que alguna vez hubiera sido una perspectiva atractiva. Mi madre debía de estar desesperada para aceptarlo.

—Me maté a trabajar para demostrarle que había tomado una buena decisión —continuó mi madre—. Cuando le dije que estaba embarazada, menos de

cuatro meses después de nuestra boda, fue la primera vez que lo vi sonreír. «Sabía que serías buena como ganado de cría», me dijo. Siempre lo recordaré porque fue lo más parecido a una palabra amable que recibiría alguna vez de él.

Escogió a mi madre como escogería una vaca. Ella ya había demostrado que era capaz de dar a luz a una criatura sana, por lo que podía contar con que le daría varios hijos que lo ayudaran en la granja. Y mamá cumplió con su parte del trato. ¿Lamentó alguna vez la elección que hizo?

—El hombre, mi verdadero padre... —empecé a decir.

—Mi madre se volvió y me dio una sonora bofetada.

—No debes hablar nunca de él. Jamás te reconocería como hija. Escupiría sobre ti.

La crueldad de sus palabras, más que la bofetada, hizo que se me saltaran las lágrimas. Mi padre habría vuelto a abofetearme por llorar, pero mi madre se ablandó al verme sufrir. Me estrechó entre sus brazos y me apretó la cara contra su pecho, algo que no había hecho desde que yo era muy pequeña.

—Vamos, vamos —murmuró—. Debes mantener la cabeza bien alta. Me ocuparé de que hagas algo de provecho con tu vida, independientemente de cuáles hayan sido las circunstancias de tu nacimiento.

—¿Cree usted que podría entrar a servir en el castillo?

No se me ocurría un logro mayor, por lo que me sorprendió ver a mi madre titubear, con el rostro tenso de la preocupación. No quiere que vaya, pensé, creyendo que su reacción se debía a la inclinación natural de una madre a tener cerca a su hija. Ahora, muchos años después, me pregunto si se proponía advertirme. A juzgar por su triste historia, ella estaba totalmente al corriente de las malévolas intrigas que se ocultaban tras los modales de la corte. ¿Qué más habría dicho si detrás de nosotras no hubiera aparecido un carro traqueteando, obligándola a romper el abrazo y saludar con un breve gesto de la cabeza al granjero que pasaba?

—Vamos —me apremió cohibida, estirándose las mangas cuando el carro pasó de largo—. Tu padre estará esperando la cena.

Se me cayó el alma a los pies cuando imaginé las quejas desabridas que oíríamos si llegábamos tarde a casa. Mi madre me deslizó un dedo por la mejilla con delicadeza.

—Tienes la cara muy morena por la siega —me dijo—. Es hora de que tus hermanos trabajen más en el campo. No permitiré que crezcas con la tez de una campesina.

—¿Entonces está usted de acuerdo en que algún día sirva en la corte? —le pregunté titubeante, llena de expectación.

—Ahora no es momento de discutir —respondió ella—. Ya lo veremos cuando seas mayor.

A los diez años, el futuro se extendía ante mí como un horizonte interminable y los años de mi adultez me parecían increíblemente lejanos. Habría tiempo de sobras para reflexionar sobre mis perspectivas y trazar el curso de mi vida. Pero cada vez que intentaba sacar el tema de entrar a servir, mi madre cambiaba de tema. Con el tiempo dejé de preguntar.

No volvimos a hablar del castillo hasta el día de su muerte.

La primavera en que cumplí catorce años unas violentas tormentas convirtieron los campos en ríos de lodo, lo que retrasó la siembra y consumió antes de tiempo el acopio de provisiones para el invierno. Mi padre empezó a hablar de

casarme para tener una boca menos que alimentar, y yo pasaba tanta hambre que habría dicho «Sí, quiero» al primer hombre que me hubiera ofrecido una comida caliente. Hay quienes se sirven de su físico para mejorar sus perspectivas matrimoniales, pero yo no creía que semejante táctica funcionara en mi caso. Cuando me veía reflejada en el río no reconocía los signos de la belleza que eran ensalzados en ciertas jóvenes del pueblo. Si ellas tenían el cabello rubio dorado y los ojos azules o verdes, mi abundante mata de cabello ondulado era de un castaño profundo, y mis ojos oscuros, grandes y agradablemente ribeteados de largas pestañas eran incapaces de imitar los ojitos de coqueteo que otras mujeres habían perfeccionado; yo contemplaba el mundo con una mirada franca y directa. Advertí que tenía algunos atributos a mi favor: mi tez era pálida y tersa, y las curvas de mis caderas y de mis senos conferían a mi cuerpo una robustez saludable. Con la ropa adecuada podría ser la esposa idónea de un tendero, un destino que se había convertido en mi máxima ambición.

Al final la celebración de otra boda en el pueblo permitió retrasar la mía. La adinerada esposa de un terrateniente contrató a mi madre para que bordara la ropa blanca de la dote de su hija, que iba a casarse en fechas próximas, lo que nos salvó de morir de hambre. Sentada al lado de la lumbre, asumí todo el trabajo que pude hasta bien entrada la noche con una aguja en la mano, mirando con ojos entrecerrados las flores que creaba con hilos de colores. La vida en nuestra casa de una sola habitación giraba en torno al hogar, el único lugar donde el calor estaba asegurado. Mi madre pasaba horas allí, cocinando y calentando el agua para lavar la ropa; cuando hacía demasiado frío para tender la colada fuera colgaba la ropa interior mojada de una cuerda frente al fuego, y teníamos que pelearnos con ella para buscar un sitio donde sentarnos. La harina, la sal y la avena con que nos pagaron la labor de aguja nos permitieron sobrevivir otro mes, y pensamos que habíamos dejado atrás lo peor.

Entonces cayeron enfermas las reses.

Teníamos tres animales, un viejo toro con el que mi padre araba los campos y dos vacas lecheras. Yo fui la primera que reparó en las marcas rojas en las ubres cuando ordeñé las vacas temprano por la mañana. Tenían un tacto escamoso, pero no había rastro de sangre y no pensé más en ellas. No fue hasta el día siguiente cuando una de las vacas me miró con los ojos aturridos, apoyándose contra la pared del cobertizo, y comprendí que ocurría algo.

Cuando salí para decírselo a mi padre, vi que venía hacia mí rezongando de frustración. Solía andar con la cabeza gacha cuando estaba enfadado, lanzando improperios hacia el suelo, y eso hacía en ese momento.

—Padre... —empecé a decir.

—Calla. Sukey ha muerto.

Me dio un vuelco el corazón. Sukey era el nombre que recibían las cerdas más grandes de nuestra pocilga; cuando una Sukey moría la siguiente más grande adoptaba el nombre, y así sucesivamente. Esa última Sukey había parido una camada apenas una semana atrás. Si no vivía para amamantar las crías quizá morirían, y con ellas la carne que comeríamos el resto del año.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, siguiéndolo hacia la casa.

—La viruela.

No tuvo que decirme nada más. La viruela era un mal que arrasaba las granjas sin anunciarse, haciendo que el ganado y sus ocupantes sucumbieran a la enfermedad con alarmante rapidez. Podía ser leve y solo debilitarlos durante unos días, pero también resultar devastadora. Decían que años antes de que yo naciera había matado a familias enteras del pueblo.

Fue mi madre quien advirtió las marcas de mi cara al día siguiente. Me había despertado con una tos seca y áspera, y mucha fiebre, pero eso en sí no era motivo suficiente para exonerarme de mis quehaceres diarios. Solo una enfermedad en toda regla me autorizaba para meterme en la cama de mis padres, con su colchón relleno de plumas. Los niños dormíamos apiñados en el altillo debajo de los aleros, un lúgubre espacio de madera cubierto de paja y de mantas raídas. Era tolerable cuando tenía que compartirlo solo con Nairn, el hermano algo menor que yo, pero con la llegada de un nuevo hermano casi cada año el hacinamiento fue en aumento. A menudo me despertaba sobresaltada en mitad de la noche debido a una patada en el estómago o un brazo extendido sobre la cara.

—¿Qué tienes ahí? —me preguntó mi madre, examinándome la mejilla.

—¿Qué?

—Esas marcas. —Me apartó el pelo de la cara y me puso una mano en la frente—. Estás ardiendo.

Estaba a punto de asegurar que me encontraba bien cuando vi el miedo que traslucía su rostro. Tenía en los brazos a mi hermano más pequeño y lo atrajo hacia sí, alejándolo de la amenaza de mi enfermedad. El calor que yo había intentado pasar por alto me recorrió el cuerpo entero, dando paso a un escalofrío. Tenía la piel escocida como si la viruela estuviera a punto de estallar en furiosas erupciones rojas.

Mi madre dejó al bebé en la cuna junto a la lumbre y me quitó el vestido de lana, dejándome solo con la camisa.

—Debes descansar —me apremió, empujándome hacia la cama—. Tengo entendido que, si te cuidas, la viruela pasa sin causar daños duraderos.

Decidí creerla. ¿Qué niña a los catorce años se creería mortal?

Los días siguientes transcurrieron en un eterno crepúsculo brumoso, pues la enfermedad atormentaba a cuantos la padecían con un insomnio que no daba tregua a sus horrores. Me ardía todo el cuerpo a medida que la viruela entraba en erupción, y sin embargo era incapaz de evadirme en la inconsciencia del sueño. Delirante, tuve visiones del castillo y me imaginé caminando por sus amplios corredores. Hacía calor, siempre hacía calor al pasar por delante de chimenea tras chimenea. Contemplaba las llamas, atónita ante el despilfarro de tener todas las chimeneas encendidas día y noche. Tengo vagos recuerdos de mi madre sentada al lado de la cama, inclinándose para pasarme un paño húmedo por la frente. Luego le hacía lo mismo a mi hermano Nairn, que dormitaba a mi lado, y a mi otro hermano, acostado al otro lado de él. Mi madre nos observaba inexpresiva, como si el calor de nuestra fiebre le hubiera abrasado los ojos, cegándola. El bebé que tenía en el regazo estaba inquietantemente inmóvil. Cerré los ojos, resignándome a morir.

Sin embargo, ese no era mi destino. Después de lo que parecieron horas o años, tomé conciencia de la almohada empapada en sudor que tenía debajo de la mejilla y noté el peso de la manta extendida sobre el pecho. Me escocían los ojos de puro agotamiento, pero la fiebre que me había atormentado había remitido. Vi a Nairn a mi lado, con la cara colorada y deforme debido a la hinchazón. Oí su dificultosa respiración al inhalar y exhalar. El resto de la cama estaba vacía. En el otro extremo de la habitación brillaban los rescoldos de la lumbre. Nuestra casa, siempre tan bulliciosa y atestada, estaba silenciosa.

Me incorporé demasiado deprisa, porque me martilleó la cabeza a causa del esfuerzo y tuve que cerrar los ojos para detener las imágenes que flotaban ante mí. Cuando estas cesaron volví a mirar. A la tenue luz de la lumbre moribunda

vi ropa amontonada en el suelo. De nuevo Nairn respiró estremecido y pareció que iba a expirar por el esfuerzo. Observé el montón de ropa y percibí movimiento.

Una rata, pensé. De vez en cuando entraban en la casa pero casi nunca se quedaban, pues devorábamos hasta la última miga. Me levanté con esfuerzo de la cama, obligándome a aunar fuerzas para ahuyentar al intruso. Hasta que crucé tambaleante la habitación no caí en la cuenta de que el montón de ropa era mi madre.

Me dejé caer a su lado. Estaba envuelta en su capa, con la capucha sobre la cabeza. Tenía las piernas dobladas contra el pecho y las manos ocultas entre los pliegues de la falda. Le bajé la capucha y me encontré con una visión horrible: el rostro de mi madre, siempre demacrado y cansado desde que me alcanzaba la memoria pero todavía con débiles rasgos de belleza, se había transformado en el de un monstruo. Llagas rojas rezumantes de pus y sangre habían hecho erupción en su piel. El cuello estaba desfigurado debido a una enorme hinchazón, y en sus labios manchados de sangre se entreveía un rictus de dolor. Abrió los ojos despacio. Otrora azules y bondadosos, se veían enrojecidos y desprovistos de todo sentimiento.

—Madre. —Fue todo lo que pude decirle. No estaba segura de si me reconocía.

Ella no movió el cuerpo, pero sacó una mano de la capa y la alargó hacia mí. Entreabrió los labios y dejó escapar un sonido. Podría haber sido mi nombre o un gemido de dolor, era imposible saberlo.

—Por favor, venga a la cama —la apremié.

No tenía ni idea de cómo atenderla, pero no soportaba verla tumbada en el suelo como un animal. Ella merecía algo mejor que semejante destino.

—Elise.

Esta vez entendí mi nombre y sonreí. Si todavía me conocía tal vez había esperanza.

—Ven.

La sujeté por los hombros. Ella los levantó ligeramente y me tendió los brazos, aunque no estaba lo bastante fuerte para sostenerse en pie. La arrastré como pude por la habitación, esperando que las faldas aliviaran el impacto del suelo en las piernas, pero ella no se quejó. Le apoyé la cabeza y los brazos contra el lado de la cama y me incliné para levantarle la parte inferior del cuerpo. Me dolía la cabeza a causa del esfuerzo y una vez que la hube tendido al lado de Nairn, temí desmayarme. Me metí a su lado en la cama y empecé a acariciarle el brazo.

—Madre, los demás... —empecé a decir, luego me detuve.

Ella me miró llorosa, confirmándome lo que yo no era capaz de expresar con palabras. Estaban muertos. Mientras yo flotaba perdida en la fiebre, mi familia había desaparecido. Recordé que había visto al bebé muy pequeño e inmóvil en su regazo. Confié en que al menos hubiera sido rápido.

Sin embargo yo seguía viva, lo que significaba que era posible vencer el terrible azote que había caído sobre mi familia. Débil como estaba, noté que me despejaba y cobraba fuerzas. Le rodeé el cuerpo con los brazos —tan delgado que era poco más que un saco de huesos—, deseando que volviera a él la vida.

—Por favor —le supliqué—, no me deje. No soportaré vivir sin usted.

—Agha. —Habló despacio y en voz muy baja, apenas un suspiro. Debía de resultar muy doloroso hablar con semejante hinchazón en el cuello, y noté su sufrimiento al pronunciar cada palabra—. Debes ir.